

SOBRE “FEMINISMOS Y POLÍTICA EN EL URUGUAY DEL NOVECIENTOS”, DE INÉS CUADRO

DEL CIMIENTO

Un nombre casi caprichoso, una rebelión plural desde el arranque, los primeros feminismos uruguayos, sus radicalidades y sus límites, a veces inesperados, los derroteros de su internacionalismo en un mundo de imperios, el fervor del Novecientos por una causa que en realidad asomaba medio siglo antes. Pero primero lo primero, es decir, los chismes.



Paulina Luisi en una sesión de la Comisión Internacional de Mujeres para la Moralidad Pública en el congreso de la Alianza Internacional de Mujeres en Berlín, en 1929. Luisi, para la fecha, presidía dicha comisión / FOTO: COLECCIÓN PAULINA LUISI, GENTILEZA BANDA ORIENTAL

SALVADOR NEVES

“UNO SIENTE UNA profunda conmoción cuando sigue la peripecia humana y militante de Belén de Sárraga, que vino a Uruguay a divorciarse... Sí, vino a Uruguay a divorciarse y vino con el esposo, pero el esposo no sabía”, había soltado el viernes pasado Gerardo Caetano en la presentación del libro.

“Sí, es verdad”, respondió Cuadro este miércoles, inquirida por **Brecha**. “Ella viajó a Uruguay en 1906 para el Congreso Universal de Libre Pensamiento y quedó fascinada con el clima. Justo se estaba presentando el proyecto de ley sobre el divorcio, y al año siguiente se vino con sus hijos. Hay versiones que dicen que con ellos venía Ferrero, el marido, y otras que dicen que no, pero acá se divorció.”

Y también es cierto que sacude la peripecia de la feminista española. Acá sembró el país de

asociaciones de mujeres liberales, de aquellas que los jueves santos organizaban “*banquetes de promiscuación*”, y le agregó temperatura al debate desde las páginas de *El Liberal*, periódico que dirigía.

“Después viaja por diversos países de América Latina y en realidad tiene un impacto muy fuerte en Chile, donde se crean los círculos Belén de Sárraga, que más bien son ácratas, porque ella tiene un pensamiento, en algunos aspectos, más libertario. Creo que era demasiado radical incluso para las feministas liberales y libertarias de la época”, advirtió Cuadro.

En mayo de 1910, en su asistencia al Primer Congreso Internacional Femenino en Buenos Aires, celebrado mientras Argentina conmemoraba el centenario de su independencia, dejó testimonio de las salvajadas cometidas en esos días contra los trabajadores organizados por bandas de estudiantes de “riñón cubierto” protegidos por la policía.

“¿La vanidad del patriotismo (...) no ve la patria que honra (...) infamada por unos estudiantes cerriles y por una policía convertida en cómplice de delitos que el código pena?”, preguntaba desde la prensa porteña. “No ve nada de eso, (...) hasta los criterios más liberales se extravían, no importándoles que las mayores ignominias se realicen, con tal de que las fiestas que llamarán la atención del mundo sean salvadas”, respondía en plena misa patria.

La vida le alcanzó para volver a España cuando la República. Murió exiliada en México, “en la pobreza absoluta”, comentó la historiadora.

Pero el destino de Sárraga sólo es uno de los miles que se tejen en la malla de una narración cuya necesidad se vuelve rotunda a medida que pasan las páginas y se va redondeando una idea del tamaño de lo ignorado. “Con el nombre de Paulina Luisi hay una callecita perdida que sale a avenida Italia”, observó la

historiadora, aludiendo a la de dos cuadras “brasileñas” que corren paralelas al arroyo Malvín. “La nomenclatura dice mucho ¿no?”

FEMINISMO. Este concepto se usó antes a nivel médico, para aludir a varones en los que se percibían acentuados rasgos femeninos. Parece que el primero que mentó con él al movimiento en defensa de los derechos de las mujeres no fue el socialista “utópico” Charles Fourier, sino el novelista Alejandro Dumas (hijo), el de **La dama de las camelias**, en 1872.

Acá el primer registro con ese sentido está en *El Día* en 1897. Pero desde mucho más temprano se habló de la “*emancipación de la mujer*”. A sólo seis años del fin de la Guerra Grande, en 1857 la revista *La Semana* denunció la emergencia de “una excentricidad de algunos cerebros desorganizados con la lectura de las malas novelas”: había nacido en esta plaza el Club Socialista La Emancipación de la Mujer, compuesto

sólo de damas. Todavía no terminaba la guerra del Paraguay cuando José Pedro Varela dictó en el Club Universitario una conferencia sobre “Los derechos de la mujer”: “*Medid la altura de las mujeres y tendréis la medida de un pueblo*”, decía.

Pero “¿Feminismo o machonismo?” tituló ya en 1912 Daniel Muñoz un artículo también para *El Día*, donde decía que “*todas estas ramificaciones del sexo en feministas, sufragistas, sapientistas no son más que disimulaciones de la fealdad, porque la mujer hermosa tiene desde luego hecha su carrera, que se completa en tres graduaciones: novia, esposa, madre*”.

Y entonces en las mismas páginas comenzó a aparecer una serie de artículos que criticaban a quienes se burlaban de las mujeres que aspiraban a su emancipación, argumentando que sólo podría responderse si la mujer era tan inteligente como el hombre cuando “*ambos se hallen en las mismas*”.

condiciones, esto es, cuando se los eduque de la misma manera, se les estimule con el mismo empeño y se les rodee con la misma libertad". Los firmaba "Laura", pero el autor era el dueño del diario, don Pepe Batlle, unido en concubinato con una mujer casada.

El año anterior un reportero del mismo medio había querido averiguar si "Hay 'feministas' femeninos entre nosotros", y para eso fue a preguntarle a Virginia Bolten, la anarquista fundadora de la Agrupación Femenina Emancipación, que procuró desvincularse del sustantivo: "Se ha desprestigiado tanto todo esfuerzo de inspiración solamente femenina, que cuando intentamos hacer algo superior a las pláticas sobre moda o fiestas sociales nos tratan de marimachos", respondió aquella mujer que años antes, todavía en Buenos Aires, publicaba *La Voz de la Mujer*, cuyo lema era "Ni dios, ni patrón, ni marido".

"Hay que hacer la historia del antifeminismo", subrayaría Cuadro más de una vez durante el diálogo. Un año antes de la mención primera en *El Día*, el periódico anarquista *El Derecho a la Vida* había sentido la necesidad de explicar que los "antifeministas" eran quienes, amparados en la ciencia, justificaban la sujeción de la mujer por considerarla mentalmente inferior.

PROGRAMAS. Pero en aquellos años *L'Osservatore Romano* no tenía empacho en hablar de "santo feminismo", refiriéndose a las movilizaciones de las católicas uruguayas. A José Pedro Barrán le gustaba enfocarse en aquel liberalismo que vio a la mujer como un botín en la lucha contra la Iglesia y no como un sujeto a emancipar. Pero ese no era el único liberalismo existente. Cuadro documenta el vigor de las que, como Belén de Sárraga, definían a esos liberales como "demócratas que se sienten monarcas por el sexo".

Y estaba el "feminismo de la compensación" de los batllistas. El filósofo Carlos Vaz Ferreira, después de intentar infructuosamente deshacerse del término, lo había terminado adoptando para su propuesta con el agregado de esas tres palabras. Y estaba el feminismo sin apellido de los socialistas. Al año siguiente de fundar el Partido Socialista, Emilio Frugoni había sentenciado que "las aspiraciones feministas se hallan comprendidas en las aspiraciones más amplias del socialismo". Y en ese partido militaba Paulina, hija de legionario garibaldino y maestra francesa, entrerriana de nacimiento, uruguaya por formación, maestra primero y médica después, la primera mujer con título universitario en este país.

En esa diversidad puede distinguirse un programa común: el acceso de las mujeres a una mejor educación, la inserción en el mercado laboral en iguales condiciones que los hombres, la igualdad en materia de derechos civiles y en última instancia ante el sufragio.

El sufragismo de aquellas mujeres no sólo fue un reclamo elemental de participación.

Si las anarquistas lo denostaban por principio, quienes sí se nombraban feministas razonaron que iba a ser más probable alcanzar las libertades civiles por las que se habían puesto en movimiento si su incidencia se manifestaba en las urnas. En 1942 resultaron electas legisladoras la comunista Julia Arévalo y las coloradas Magdalena Antonelli, Sofia Álvarez e Isabel Pinto. En 1946 lograron que se aprobara la ley de derechos civiles de la mujer.

ARMA Y CADENA. "Para mí uno de los desafíos más grandes fue darme cuenta de lo consustanciadas que estaban aquellas feministas con la diferencia sexual", admitió sin embargo la historiadora. En el discurso de la mayoría abrumadora las bases del orden de género estaban fuera de cuestión. Aceptaron la doctrina de la esencia maternal de la mujer. Y quisieron blandirla como su espada. "El argumento que se repite es 'porque somos madres tenemos derecho a...'", explicó Cuadro.

Con todo, en la peripecia, tocaron los límites de esa forma de pensar. Atisbaron alguna contradicción: "Ninguna protección a la maternidad podrá dictarse si va en contra de los intereses económicos de la mujer", decía por ejemplo, en 1921, el programa de la Alianza Uruguaya Pro Sufragio de la Mujer.

Y en la delicia de las cartas, que Cuadro leyó mucho y cita a menudo, se plasman algunas de sus tensiones y visiones más profundas. Fue en ese aspecto de **Feminismos y política...** que quiso detenerse la historiadora Ana Frega durante su intervención en la presentación.

"Usted es de las pocas mujeres que he conocido con espíritu verdaderamente viril, sin la vanidad y la superficialidad de tantas mujeres (...), siempre el mismo animalito pueril, lleno de reclamaciones, gestos y actitudes de supuestas gracias y supuestos atractivos para el otro sexo", le escribía a Paulina la argentina Alicia Moreau, interpelando géneros.

E indignada por la cantidad de mujeres enemigas de que éstas disfrutaran de derechos políticos, la también argentina Petrona Eyle le ponía: "Porque dicen que éstos en el matrimonio darían lugar a discordias, o si no las mujeres votarían a la voluntad del marido. Pero, ¿habrá maridos? Con el tiempo creo que lo que hoy llamamos matrimonio se transformará también. Habrá uniones, por tiempo determinado, a gusto y conveniencia".

Pero las "audacias" que hoy se han hecho costumbre estaban ausentes incluso en los discursos más radicales. "Me acerqué al anarquismo con la expectativa de hallar una liberalidad que resultó ser más discursiva que práctica, porque después ves las trayectorias de estas mujeres y fueron muy tradicionales, con el mismo compañero toda la vida, ocho hijos...", recordó Cuadro.

EN INGLÉS. Varela había dicho que los yanquis eran el "pueblo más

grande, más libre, más feliz de la tierra porque la mujer norteamericana es la mejor educada". Para las feministas del Novecientos estaba clarísima la inspiración anglosajona, sobre todo la inglesa. "No olvide tampoco que soy una internacionalista convencida cada vez más de la estupidez de las fronteras", le recordaba Paulina a una feminista argentina en 1921.

Pero la uruguaya ya en 1920 protestaba contra "el pequeño concepto en que el mundo feminista internacional tiene a los países latinos", y criticaba que la presidenta de la Alianza Internacional por el Sufragio Femenino "sólo posea el idioma inglés".

Si bien no aceptó la propuesta de la delegada argentina de formar una alianza de "matiz latino" (Paulina diría que los argentinos son los "yanquis del sur"), no mostró ningún interés por la Unión Panamericana que controlaban las estadounidenses de la League of Woman Voters, integrada en gran medida por esposas de diplomáticos.

En cambio sí se sumó en 1923 a la Liga de Mujeres de la Raza, constituida por la mexicana Elena Arizmendi con una integración exclusivamente iberoamericana. Pero congreso a congreso la organización fue derivando hacia posiciones cada vez más conservadoras, funcionando en alguna medida como una pantalla que en realidad resistía la emancipación con el pretexto del patriotismo hispanoamericano. "El divorcio perjudica y demerita a la mujer", fue uno de los trabajos presentados en el congreso de Bogotá en 1930. La Alianza Uruguaya de Mujeres terminó retirándose en el congreso siguiente.

HIATOS Y ERUPCIONES. La primera entrevista que **Brecha** le hizo a Cuadro tiene seis años. Era el 2011 del Bicentenario y la historiadora ya tenía un trabajo sólido sobre el paradójico empoderamiento de las montevidéanas leales a España durante la revolución artiguista. Ese 8 de marzo no tuvo ni de cerca la importancia que viene teniendo en estos últimos dos años. ¿Cómo ve la historiadora esos vaivenes?

"Hay contextos que habilitan. Los gobiernos del batllismo hasta 1916. La posguerra. La revolución... Los momentos de cierta inestabilidad, de cambio, cuando se perciben caminos de posibilidades abiertos, son de porosidad a los cambios en las identidades de género. Por lo menos para que las mujeres puedan asumir un protagonismo o dismantelar ese concepto de esferas separadas, según el cual las mujeres están allá en lo privado. Hay una historiadora, Karen Offen, que dice que en lugar de hablar de olas de feminismo habría que hablar de erupciones. El malestar está y hay momentos en que estalla. Pero después las erupciones cesan y el malestar vuelve a su latencia. Me parece que es eso."

Su libro llega hasta 1932 pero era obvio que no había podido dejar de pensar por qué entonces pareció apagarse el intenso

movimiento que desde el Novecientos venía produciéndose. "Sí, una se pregunta no sólo por las uruguayas. ¿Qué fue de aquellas mujeres a la garçon o flipper, que estaban en Francia y Estados Unidos en los años veinte? Lo que pasa ahí en realidad es que los fascismos, la guerra, son ideologías extremadamente masculinas, que virilizan mucho el conflicto. En España se creó un movimiento tan fuerte como el de las Mujeres Libres anarquistas, pero la derrota es terrible. Les cortaron el pelo para marcarlas. Hay que pensar qué pasó en los treinta y los cuarenta con los hombres. Ese antifeminismo se expresa también en la demora en el tratamiento parlamentario de los proyectos de ley, en la ola de discursos muy basados en la ciencia destinados a demostrar que la maternidad es el destino de la mujer. Todo eso creo que termina generando una autocensura de las propias mujeres. Creo que sentir que romper con ciertos estereotipos tiene un costo emocional tan duro provoca una retracción. Mucha de la riqueza ideológica de aquellos años tenía que ver con el flujo de inmigrantes, y en 1932 hay una ley que lo restringe. Y viene el golpe de Terra. El movimiento ácrata prácticamente desaparece. Muchos se van a España. La propia Paulina está más preocupada por la república española... En el Uruguay de los años treinta, que no exploré mucho, vi dos cosas interesantes para trabajar más. El congreso de 1935, que da lugar a la creación de un partido feminista, pero que no es precisamente un partido progresista sino integrado por figuras vinculadas al terrismo, no en una tónica de igualdad. ¿Cuáles fueron los temas candentes en ese congreso? Sabemos muy poco de las mujeres de derecha. Además en esta época es que empieza a hablarse de 'crímenes pasionales'. El de Delmira es el más conocido, pero hay un crecimiento de estos

casos por lo menos en la prensa. Tengo la hipótesis de que los varones, ante estas situaciones de cambio, recurren muchas veces a los mecanismos más básicos que les han enseñado."

Incluye a sus alumnos de secundaria en la nómina de agradecimientos de **Feminismos...** ¿Esta investigación estuvo en el aula?

"Trabajo con sextos años, son grandes. Mi intención fue incorporar la perspectiva de género al trabajo en clase, pero no sólo desde el pasado sino para poner en evidencia las dinámicas actuales en la clase, en las relaciones entre varones y mujeres. Pero sí, me preguntan, les cuento, se involucran. Me cuesta más trabajar textos míos... Pero también te cuestiona mucho como docente, por el lugar donde ellos te ponen: 'La profe feminista'. Y hay que trabajar eso porque el feminismo también es una ideología. Estoy pensando en investigar un poco más didácticamente este aspecto. Porque mirá que los varones son los que más se sienten interpelados. Juegan mucho con eso de 'Vos le das más participación a las mujeres'... En esa cuestión tan dicotómica... Estaría buenísimo que esto les sirviera también para construir masculinidades diferentes."

El viernes en la sala Julio Castro, de la Biblioteca Nacional, se agotaron los ejemplares que la gente de Banda Oriental había traído. A la editorial y a la Asociación Uruguaya de Historiadores les corresponde el mérito de la publicación. Dicen que la idea fue de Benjamín Nahum: juntar estas fuerzas para poner en manos de los lectores producción historiográfica de nivel académico. **Feminismos y política en el Uruguay del Novecientos** es la tesis con la que Cuadro se doctoró hace año y medio en la sevillana Universidad Pablo de Olavide. Tesis de Historia, se llama la colección. No podía empezar mejor. ■

Inés Cuadro / FOTO: FERNANDO PENA

